

MEDITACION EN LA CIUDAD

Miro este fragmento de mundo
apenas anotado en las márgenes del infinito,
y acepto las paredes y el fragor
que invaden sin permiso del tiempo
trepando por la intemperie manchada.
Pienso en los rebaños sumisos
cuando Dios caminaba junto al hombre
y escondía sus designios
sobre largas planicies pobladas
por animales de fácil sometimiento.
Entonces las ciudades dormían
en el corazón de las piedras dispersas.
Ya no puedo
deshacer los gritos bajo el cielo
ni sentirme suspendida
en una nueva trayectoria del silencio.
Mi sitio es la marea de crecientes voces
donde destruyo y levanto,
y me arrodillo y me yergo,
y soy una más
agregada a los entrecruzados ritmos
que apuran hacia la muerte.
Sin embargo,
conservo mi atavío de memorias forestales,
y una migaja de árboles recibo de la ciudad,
como abedientes desterrados
perdidos del horizonte y los pájaros.
Fantasmales llanuras se estiran por las calles,
y yo subo escaleras de ácidas palabras
sin dibujar
ascendentes maravillas sobre muros,
Porque soy un esbozo de sed que desacierta el cántaro,
un bosquejo de viaje que ha quedado sin pasos.
Y estoy en la ciudad.
Y no tengo más que un manojo de sílabas.



MAGDALENA HARRIAGUE